



Viaje a Partagua seguido de
La parvá
Carlos Labbé

© De los textos, Carlos Labbé

Viaje a Paragüa, 2021

La parvá, 2015

© De esta edición, Festina Lente Ediciones S. L. U., 2021

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2021

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras

Diseño de cubierta e interior: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-46-4

THEMA: FBA, FXN, FXQ

Depósito legal: M-14248-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

7 Viaje a Partagua

87 La parvá

Viaje a Partagua

Al Inti y la MRR

Las curvas del camino ascienden hasta perderse en cúmulos.

Acarrea su bulto, que adelante le cuelga entre trapos púrpura, verde, carmín y conchevino, los cuales cruzan sus hombros y espalda. Lleva una mochila, pasamontañas, guantes.

No deja de andar. Su ropa brilla, no es su ropa la que brilla.

En sentido contrario por el camino viene otra. Trae harina encima de toda la piel y en la cara, así que nadie sabe qué prejuicio sostener delante suyo. Huele bien, aun si no a perfume.

Se detiene ante l'andarín, arruga los ojos por su brillo y se queda mirándole el bulto. No se presentan, pero se detienen y se escuchan.

—He soñado dos veces con su bulto —dice la otra persona—. Ahora me doy cuenta de que es la casa suya, hecha de barro recién cocido. Yo venía a dejarle mis felicitaciones, me guiaba un intenso olor dulce. Un pan dulce que nunca he probado; me da gusto conocerla.

—No tengo casa —le responde—. No me importaría comer algo así de delicioso, pero esperaré hasta que me inviten al festín en la fortaleza donde me esperan con este bulto.

—Buena suerte.

No se despiden, pero los vellos apenas perceptibles de sus brazos se tocan al pasar.

Algunas le decían la fortaleza, otras el palacio, otras el acantilado, otras la arena.

Era porque cada vez que volvían de ofrecer ahí su bulto solo recordaban un destello, una recompensa y un corte.

Y porque ahí, recapitularían mucho después, una persona era liberada.

Cuando a las cinco de la madrugada sus papás y sus mamás decidieron tapar todas las luces, esperando que, después de amamantarla, de darle la otra leche, de mudarle el pañal, de desvestirla y vestirla, de limpiarla, de enrollarla, de mecerla, de cantarle, de acariciarla, de amamantarla de nuevo y así, la cría y deidad durmiera, esta se quedó mirando el haz de luz que entraba por la rendija, su mirada atenta a lo que venía.

En un puente se detiene a observarse en el arroyuelo. El vértigo del agua que corre, de lo que pasa y nunca más podrá ser recuperado, l'hace sentir la gravedad de su bulto.

Piensa en deshacerse del encargo.

El brillo del agua l'ciega. Ocupadas las manos en la baranda, en los ojos, el vaivén del peso l'hace seguir camino.

Al calor de la oscuridad, por la ceguera del estío, se ha acurrucado en el hueco de un árbol a dormir mientras la noche se alarga, suenan crepitaciones, metales, rugidos de poblados arrasándose, guerras que vuelven y se van.

Azota sus ropas un viento que en su sueño pudo ser también el eco de la batalla rasante donde, aun si por ahí mismo pasan los muertos, no es suya, pues la fortaleza, l'han dicho, se alza más lejos que las nubes.

El viento que l'registra se hace también un hueco entre sus trapos y se le queda en su bulto, palpitando. Escucha su bulto y su bulto l'escucha, paso, paso, paso.

Una tarde, después de caminar por semanas, se sentó en la banqueta a las puertas de un poblado donde no entraría.

Se puso a revisar su bulto, que iba despidiendo un aroma placentero, aunque no a pan recién horneado, no a flores, no a rocío, no a labios en verano, sino al conjunto de todo eso y al borde de ese conjunto.

Cuando levantó la vista, cuatro habían venido desde el poblado con cántaros de agua. Se sentaron junto a l'andarrín y entre sí se mostraron, no sin temor, su propios bultos. Luego empezaron a lavarse las piernas, la cara, y le ofrecieron de beber.

—Gracias —dijo—. Pero esa agua no es mi agua. No me quita la sed, así ardiente.

En ese momento empezó a llover sobre el poblado.

La primera vez que la cría y deidad sonrió era de madrugada y apenas podían verla. Desde ese momento la discusión volvía cada cierto tiempo entre mamás y papás: ¿la cría y deidad aprendió a sonreír observándolos, o bien había sido un gesto espontáneo en la oscuridad?

Una mañana se suma a su tranco l'cabayegu.

Una tarde, mucho después, piensa en confiarle el peso de su bulto.

Duermen juntos.

Una noche, en tanto, desaparece l'cabayegu. L'andarín pide que l'espere en la fortaleza, que reciba en cada umbral su bulto y que l'lleve sobre su lomo para descansar por un momento, todo a la vez.

Caminan sin detenerse más que a comer, cuando entre los árboles divisan frutos, callampas o huevos.

Mastican hojas durante horas y, al momento de escupirlas, de entre el resplandor del ropaje el peso de su bulto se les alivia esa noche en que no duermen.

Lcabayegu cuenta lo que l'han aconsejado por su forma de andar quienes no saben del peso de su bulto: que camine durante tres ciclos hasta que descubra la anomalía en su andada. Luego, que se pase un ciclo corrigiendo el defecto. Y que durante los siguientes tres ciclos ponga atención a no volver a dar el tranco errado.

—Cuando terminen los consejos —termina—, creo que habremos llegado a la fortaleza.

La cría y deidad sostenía una expresión curiosa, cejas levantadas y una mueca, ojos redondos ahí, expectantes en la mesa ante uno de sus papás que le cambiaba el pañal.

Su mirada iba y venía hacia la esquina en la penumbra del amanecer.

—¿Qué hay, gugu? —preguntó ese papá.

En el techo, bajando desde el ducto de ventilación, había una araña.

—¡Una araña! —dijo ese papá.

La cría y deidad seguía sonriendo mientras una de las mamás venía, alertada por la inusual palabra en boca de ese papá. De inmediato se subió sobre un cajón con un zapato en la mano, suela hacia el techo.

La cría y deidad comenzó a llorar. Otras mamás preguntaron qué pasaba.

Varias le explicaron cuánto les gustaban las arañas, pero era verano y no podían arriesgarse a que una picada afectara su cuerpito nuevo.

En el intertanto, la araña trató de escapar por el ducto. En vano.

La cría y deidad dejó de llorar para poner atención a las razones.

En los senderos de poza y barro, entre los árboles altos enmarañados de lianas, pierden de vista las nubes.

No saben si es de día o de noche, si dormir o actuar o pedir ayuda.

Las alimañas compiten con las bestias por alcanzar los escasos lugares secos donde hacer pie y seguir camino. L'andarán y l'cabayegu bracean, ignoran los mordiscos y los gritos, evitan que sus ojos vean más que el resplandor, el reflejo de su bulto en la apertura final o al principio.

En los senderos de poza y barro, entre los árboles altos enmarañados de lianas, voces dormidas intentan canciones:

—Tren, carretera, subterráneo este encadenamiento de brazos viajantes —gorjean.

—Sin darse cuenta, con cada golpe y cada gemido, viajan en conjunto y se guían —trinan.

—No hay escapatoria. Deben viajar cada mañana y cada noche. No hay escapatoria, pero sí hay salida —cantan.

L'andarín y l'cabayegu, en su cansancio, logran despertar al cruce de caminos.